

vador de nuestros partidos, ávidos de reformas, aunque poco cuidadosos de los ingresos; y en ocasiones ese afán de lucha permanente, esa discusión continuada entre nuestras colectividades políticas, que debilita las fuerzas y los recursos nacionales.

Todos tenemos de ello la culpa. Los absolutistas, porque existiendo el orden material, no han dejado administrar libremente al Ministro de Hacienda, Ballesteros, modelo de tolerancia; los constitucionales, porque nos hemos cuidado más de las novedades políticas que de los intereses permanentes de los pueblos.

Tiempo es de volver la nación en sí. Confirmemos el orden; desenvolvamos la libertad; empecemos por proteger el trabajo y las empresas útiles, sin que los principios de escuela liguen nuestro entendimiento; sin que las preocupaciones de la tradición ó de la burocracia dificulten y embarguen nuestros movimientos. Con iniciativa vigorosa, con el conocimiento que da el estudio y la práctica, apartados de todo espíritu de servil imitación, y poniendo el interés nacional sobre todos los intereses, se puede llegar al desenvolvimiento lógico del régimen parlamentario.

Procuramos; mejor dicho, procuren VV. los hombres políticos, Sr. Alonso Martínez, evitar la repetición de los tristísimos sucesos económicos del reinado de Fernando VII, pues si entonces sobrecogieron el ánimo de los vasallos y lo soportaron por el temor ó la sumisión, en tiempos constitucionales no existen vasallos, sino ciudadanos, que piensan, obran y dirigen sus acciones con perfecta independencia de los poderes públicos. Entonces era imposible la discusión escrita ú oral; hoy se discute, por discutir, hasta el traje ó las facciones de los gobernantes.

Variaron los tiempos; tienen que variar irremisiblemente las costumbres. En aquella época, la política, que se había refugiado en el cerebro de los vasallos, cedía el puesto á la oración en el hogar y en el templo. Hoy, con hacer ménos ostensibles nuestros rezos, sin que esto nos haya hecho ménos devotos, como cumple á viejos católicos, se habla y se examina con ó sin el permiso de la autoridad, según el discreto saber ó la clásica ignorancia de los juzgadores. Entonces la pluma y la oratoria estaban al servicio de unos cuantos; hoy la crítica, más ó ménos culta, vive en perpetuo consorcio con las muchedumbres. Los oradores de ántes eran mandatarios del poder; los habladores de hoy son mandatarios de su propia y personal opinión.

Extrañará V., Sr. Alonso Martínez, que yo empiece á hombrear en esta carta y que me meta á predicador teniendo escasos años y ménos escaso auditorio; pero hemos llegado á unos tiempos en que los niños son hombres, las altas posiciones, comienzo y no término de dilatados servicios; las regulares fortunas, un mediano pasar; el cargo de ministro, aspiración cons-

tante de todos los ciudadanos; el carruaje, una necesidad de los tiempos; el abono, signo de riqueza; los banquetes, esparcimiento de la inteligencia; los gastos supérfluos, barómetro de gente adinerada, y los sueldos de seis á veinte mil reales esperanza de cuidados funcionarios ó gasto de alfileres de elegantísimas esposas. Nuestras costumbres vienen relajándose desde siglos pasados. Aquel ejemplo de humildad de los reyes católicos, pocas veces seguido por los soberanos; las prodigalidades de los favoritos y el aumento de sus fortunas, á costa del Tesoro; el espíritu de hipocresía que desarrolló el Tribunal de la Inquisición; las fiestas populares que el absolutismo protegió, y el afán de vivir de los empleos públicos, fomentado en tiempos constitucionales, hacen decaer lastimosamente el carácter de los españoles, como decayeron en otro tiempo las virtudes cívicas del pueblo romano.

Por esa razón hablo y escribo en lenguaje impropio de mi inocencia política, que V. sabrá dispensar á su reconocido servidor y amigo,

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid, 1.º de Enero de 1875.

LOS MEDIOS DE PRESERVARSE DE LA LOCURA.

(Conclusion.) *

Nadie puede contraer la costumbre de ser inconsecuente en sus sentimientos, en sus pensamientos, en sus acciones, sin daño de la sinceridad é integridad de su naturaleza, y sin que la lucidez y la fuerza de su inteligencia disminuyan. Cuando un hombre no comprende la verdad de una práctica tan cruel como la de causar tortura y muerte á un sér vivo, con el único fin de divertirse, es imposible que pueda ver con claridad otras cosas. La mejor garantía de una clara percepción, de un sentimiento justo, de un entendimiento vigoroso, de una voluntad inteligente, en una circunstancia cualquiera de la vida, es la costumbre contraída, en circunstancias precedentes, de una percepción sana, de un sentimiento justo, de un entendimiento vigoroso y de una voluntad inteligente; en otros términos, es el desarrollo sincero y completo de la naturaleza intelectual y moral. Cuanto más fuerte es este desarrollo, cuanto más completo es, se encuentra el individuo protegido contra toda especie de infiltración de peligrosa moral.

Muchas otras inconsecuencias de pensamiento y de carácter podrían citarse, si tuviéramos espacio bastante para demostrar cuán léjos está el hombre de saber sacar de sus facultades mentales

* Véase el número anterior, pág. 407.

todo lo que pueden dar por medio de un cultivo racional y lógico, hasta el límite extremo de su contenido. Para lograrlo con éxito, es preciso dar á la vida un fin elevado y tener siempre presente en todos los actos este fin. La cuestion que está por debatir y resolver, es la de si este fin debe ser exterior ó interior. ¿Debe procurar ante todo el individuo el desarrollo más completo de que su naturaleza sea capaz, pudiendo encontrar en su camino las demás adquisiciones, como la reputacion, la riqueza, el poder, ó debe buscar primero las ventajas sociales, siendo la formacion del carácter cosa secundaria é incidental? Esta es la cuestion vital, y la solucion práctica que reciba influirá materialmente en alto grado en la educacion y cultura del espíritu. En rigor nó cabe duda de que el desarrollo personal (*self-development*), jamás puede ser el objeto de la vida. En la inmensa mayoría de los hombres, la formacion del carácter, cualquiera que sea, es resultado del azar, no efecto de premeditacion; es producto accidental de la disciplina de la educacion á que está sujeto el individuo, al dirigirse á otro objeto. ¿Debe admirar por tanto que la proclamacion en teoria de un propósito superior, solemnemente realizado una vez por semana, como deber de conveniencia, no influya de un modo útil en la formacion del carácter, y que, fácil para engañarse, el hombre considere realmente esta doctrina como una especie de asociado, sin voz ni voto, que ninguna parte activa toma en la administracion de los asuntos? No se necesitan argumentos para probar que una creencia de esta clase debe ser perniciosa á la naturaleza moral y á la naturaleza intelectual del individuo.

El trabajo y las privaciones necesarias para realizarlo producen, sin duda, una larga suma de disciplina sobre sí mismo, de especie más ó ménos ventajosa. Pero no es ménos cierto que el pleno y completo desarrollo de los recursos de la naturaleza mental puede solamente adquirirse por medio de una cultura reflexiva y de una actividad sostenida del espíritu, ambas consideradas como objeto propio de la existencia. Un hombre puede dirigir con éxito un comercio considerable ó desempeñar una profesion importante, cuando ha adquirido los conocimientos necesarios, sin una actividad mental realmente muy grande y casi automáticamente. Aplicando de continuo la atencion á una clase de ideas, llega á hacerse la aplicacion sin esfuerzo, á comparar estas ideas casi sin advertirlo, y á decidir en cierto modo instintivamente la conducta que se debe observar. Su ciencia y su accion se convierten en una especie de instinto adquirido, obra automática de centros nerviosos, educados para ello, de igual manera que

se educan otros centros nerviosos para ejecutar, sin trabajo, la funcion de andar, que tanto trabajo cuesta al principio. El hombre consigue por este procedimiento observar, juzgar y obrar sin más esfuerzo de atencion y de conciencia que el que necesita para hablar ó pasearse, ó el que es preciso á un hábil matemático para sumar una larga columna de cifras. Verdad es que el trabajo primitivo de la adquisicion le ha costado un gasto considerable de actividad mental, pero una vez adquirida la facultad, exige poca atencion, y si se ejercita dentro de límites razonables, ocasiona poca fatiga.

Evidentemente se puede ejercer una profesion importante sin poner en juego las facultades superiores del espíritu, cuyo empleo fué primero indispensable para la adquisicion de los conocimientos necesarios. No es exagerado asegurar que muchas personas, cuando llegan á ser hábiles en el oficio ó profesion que ejercen, no emplean ninguna actividad mental, ni por tanto experimentan ningun desarrollo del espíritu. Su pensamiento gira en un círculo de ideas tan cerrado, que lo difícil es salir de él. No estando en uso las facultades superiores, declinan y aún degeneran: la aplicacion seria del espíritu empieza por ser difícil, y acaba por ser imposible; y cuando sobreviene un infortunio, el hombre en esta condicion se encuentra sin recursos interiores que le pongan en estado de resistir al choque. Cuando sale de la rutina de su ocupacion nada le interesa, no puede dedicarse al trabajo intelectual; es un tormento, para sí y para los demás, y por el aburrimiento llega á la caducidad. La cosa es peor todavía cuando el hombre considera como objeto único de su vida el buen éxito de operaciones mercantiles ó industriales, cuando sus deseos y su energia, largo tiempo concentrados en un sólo objeto, se identifican, por decirlo así, con él, hasta el punto de que este objeto se convierta en parte principal de su vida interior, la que dirige todos sus pensamientos, todos sus sentimientos, todas sus acciones. En tal caso, si un error de cálculo ó un accidente eventual destruye sus esperanzas y reduce á la nada los resultados anteriores que le enorgullecian, echando por tierra el andamio que construía con toda la pasion de su intenso egoismo, se ve solo y sin defensa contra el pesar, sumiéndose en la melancolía, y de la melancolía cayendo en la locura. Descuidar la cultura continua y el ejercicio de sus facultades intelectuales y morales, es dejar el espíritu á merced de las circunstancias exteriores. Para el espíritu como para el cuerpo, cesar de luchar es comenzar á morir.

Si las precedentes observaciones son exactas y

fundadas, claro es que, cuando la locura se manifiesta en un hombre activamente comprometido en asuntos considerables, no puede deducirse la ineficacia de la actividad mental, como medio de prevenir la locura. Las ocupaciones de este hombre eran completamente impotentes para satisfacer las exigencias de una cultura mental conveniente. Lo mismo sucede con otro de los grandes intereses de la vida que, siendo en realidad lo que se pretende que sea, debería ejercer una influencia poderosísima en el desarrollo de la moral: refiérome á la religion. La mayoría de los hombres realiza automáticamente sus deberes religiosos; acepta las doctrinas por pura forma, y se atiene á las palabras sin comprenderlas jamás claramente, y sin que su pensamiento se fije en las consecuencias lógicas que de ellas se desprenden. Cree vagamente, sin cuidarse de definir con claridad en qué consiste lo que imaginan creer, y se contenta con una especie de creencia que, de seguro, no basta en los asuntos de este mundo. No hay necesidad de demostrar que la costumbre de un modo de pensar tan poco severo, no sólo no sirve á la cultura mental, sino que, por lo contrario, le perjudica, y un espíritu que se contiene con esta manera de creer no se encuentra en estado, por el desarrollo de sus facultades, de ejercer un juicio sano sobre las demas cuestiones, ó de reaccionar vigorosamente contra las penas que le agobien.

Por otra parte, si las enseñanzas de la religion inculcan el deber de domar las pasiones que tienen sus raíces en un vivo sentimiento personal, no alcanzan, por la manera con que frecuentemente se dan, á producir esa abnegacion que consiste en el convencimiento de nuestra insignificancia personal y en la supresion del egoismo, y hasta son impotentes contra este egoismo que es exageracion de la sensibilidad y de las inquietudes de la conciencia. No cabe duda de que se perjudica con frecuencia á las personas de gran susceptibilidad de espíritu, animándolas ó exhortándolas á meditar en sus propios sentimientos, en vez de excitarlas á trasformar la energía de sus afectos en una actividad mental bien ordenada. Sólo hay un verdadero remedio al sufrimiento, y este remedio es la accion; un espíritu sano, como un cuerpo sano, debe perder la conciencia de sí mismo en la energía de la accion. El exámen interior y el análisis de sí mismo, especialmente cuando están prescritos como deberes religiosos á personas cuya organizacion fisica ó cualquier otra causa predispone á una susceptibilidad excesiva, hacen nacer un egoismo enfermizo que se toma fácilmente por el despertar de la conciencia.

Ahora bien: una conciencia que tenga esta im-

presionabilidad, exagerándose su propia importancia, cae fácilmente en la locura, á ménos que no se ejercite en ocupaciones activas y en poderosos intereses exteriores, que contrabalanceen los efectos.

El hombre acaba necesariamente mal cuando su personalidad es centro, alrededor del cual gravitan todos sus pensamientos, todos sus sentimientos y todas sus acciones, y seguramente es un error desarrollar en la cultura del espíritu la parte afectiva, á costa de la inteligencia y de la voluntad. En la vida religiosa, como en la vida mundana, el sentimiento debe mantenerse en exacta subordinacion; si no, es en vano que se ruegue «para vivir largo tiempo con salud, riqueza y sabiduría.» Las preces no son remedio bastante cuando falta la ciencia y la voluntad en el gobierno del espíritu y en la conducta de la vida. Inculcar ó alentar la costumbre de los rezos, que sólo son invocacion formal ó sentimental á la asistencia del Altísimo, en vez de imponer, por el contrario, el deber de ilustrar la inteligencia y de fortificar la voluntad, es trabajar metódicamente en arruinar la inteligencia y la voluntad.

«La incapacidad en un hombre para moderar el elemento afectivo ó emocional de su naturaleza la llamo *esclavitud*, dice Spinoza, porque el hombre dominado por sus afectos no es dueño de sí mismo, sino que, en cierto modo, es conducido por el destino; tanto, que viendo y aun aprobando el bien, se siente, sin embargo, impulsado á hacer el mal.» Nádie duda de que si el hombre pudiera llegar así á la libertad, moderando y vigilando el elemento afectivo ó emocional de su naturaleza, disminuiría mucho la suma de locura existente en este mundo, y desaparecerían de pronto las que se llaman causas morales de esta enfermedad. Es muy raro, si alguna vez acontece, que un hombre pierda la razon ó se mate por exceso de trabajo intelectual, si no acompaña á éste alguna perturbacion de emociones. Cuando los sentimientos están profundamente comprometidos, es cuando la estabilidad del espíritu se encuentra en mayor peligro. Al oír que un hombre ha perdido la razon ó se ha suicidado por exceso de trabajo intelectual, puede asegurarse que las causas reales de este desastre son, de cada diez, nueve veces, sino las diez, las inquietudes, los temores, las decepciones, la envidia, los celos, los sufrimientos de un amor propio exagerado ó pesares análogos, y todas estas causas tienen su punto de partida en un sentimiento personal excesivo. Las pasiones que deprimen y los pensamientos de esta clase que producen y mantienen en actividad, exigen mucho gasto de fuerza nerviosa. Si en tal

caso el espíritu no ha adquirido, por la cultura, el poder de apartar la atención de estas ideas y de fijarla en otras más saludables, ó si no sirven de reaccion á este estado circunstancias exteriores favorables, ayudando á que el individuo haga lo que, por demasiada debilidad, no puede realizar por sí mismo, el resultado definitivo es inevitable; los nervios hacen bancarota. En higiene, como en hacienda, el excedente de gastos por corto que sea, sobre el ingreso, cae sobre el capital; y por pequeños que sean los déficits, como se acumulan, preciso es que al fin se ajuste la cuenta.

La formación de un carácter, en el cual los pensamientos, los sentimientos y las acciones estén bajo la dirección habitual de una voluntad bien arreglada, es quizá la empresa más difícil en este mundo; pero si se realiza, constituye el esfuerzo supremo del desarrollo personal. Esto significa llegar, por un método consciente, al acuerdo absoluto del individuo con su propia naturaleza, y á la armonía más completa entre el hombre y la naturaleza. El individuo que se eleva á esta condición ha sacado el partido más ventajoso de su personalidad, de la naturaleza humana que debe tener en cuenta, y en fin, del mundo, dentro del cual ha recibido el sér y vive. Vivir para la cultura propia por sí, es seguramente un fin digno de la humanidad; si lo consigue, le hará superior á las circunstancias y le protegerá contra la perniciosa acción de las emociones perjudiciales que, con frecuencia, hacen naufragar la razón. Existe, pues, un medio, por difícil, largo y fatigoso que sea, para combatir la tercera de las poderosas causas, que ántes he declarado más eficaces en la producción de la locura.

Antes de terminar estas descosidas reflexiones que, en vez de método, forman conjunto de ideas sueltas, indicaré lo que la educación que generalmente se da en nuestros días hace perder á la mente en la especie humana. Parece que una educación racional del espíritu debería dar á cada niño el conocimiento de la naturaleza del mundo en que está colocado y de que forma parte. Las relaciones de nuestro globo con los planetas de su sistema, los cambios que se han verificado en su superficie al través de los siglos, los elementos de que está formada la tierra y las leyes de sus combinaciones y de sus descomposiciones, la naturaleza y las funciones de la vida vegetal y de la vida animal, la constitución del cuerpo y del espíritu humanos, las relaciones del cuerpo y del espíritu con el mundo que les rodea, son asuntos, en los que han acumulado inmensa suma de saber las ciencias naturales. ¿No es, pues, extraño, cuando en ello se piensa, que se llame educación á la que

deja al hombre en la ignorancia de todas estas cosas? ¿No es maravilloso que hombres inteligentes acepten pasar la vida sin saber de todo esto más de lo que saben los salvajes?

Ahora bien, sin hablar del deber positivo para todo hombre de adquirir la inteligencia más completa de sus relaciones con los medios que le rodean, á fin de sacar el mejor partido posible, en provecho de su desarrollo personal, el estudio y la práctica de las ciencias naturales constituyen la gimnástica más favorable á las facultades intelectuales, poniendo en juego la observación, la generalización, la abstracción y el razonamiento inductivo y deductivo. Ningun otro estudio puede como éste enseñar á observar con exactitud y á razonar con tino, porque en las ciencias se busca la verdad por sí misma, con pasión y sin cuidarse de que parezca útil ó inútil, de que esté conforme con las opiniones preconcebidas ó con las pretensiones de una autoridad cualquiera. Además, jamás se acepta una conclusión como exacta sin someterla á todos los medios de comprobación posible. ¿Qué es la verdad sino la expresión adecuada en el pensamiento humano de las relaciones exactas que existen entre el hombre y la naturaleza? Modificase y se complica á medida que cada día sus relaciones son más exactas, más especiales, más complejas, gracias á los sucesivos progresos de cada ciencia. Por estos progresos y por las artes, á las cuales dan nacimiento, la naturaleza realiza su última evolución por medio del hombre, la última y más elevada de sus producciones. Si el hombre vive ignorante de sus fuerzas naturales, ¿cómo se ha de preparar convenientemente para sacar el mejor partido de sus fuerzas y realizar su misión en el mundo?

Imposible es negar que muchísimas personas son incapaces de atención sostenida, de observación exacta y de razonamiento justo, incapaces de comprender con claridad un problema y de dedicar á él su atención: emplean palabras sin darles un objeto definido, se alimentan de creencias, sin comprender la verdadera significación de lo que ellas afirman; pierden el tiempo pronunciando discursos incoherentes acerca de los asuntos que pretenden discutir; creen según sus temores, según sus afectos, según sus intereses, y toman por convicciones sólidamente fundadas lo que no son más que preocupaciones ó vagos sentimientos. Estos son defectos intelectuales que no debe temer quien se aplica á adquirir un conocimiento suficiente de las ciencias físicas. Para este trabajo necesita concentrar su atención, comprender claramente la significación definida de los términos, someter con humildad y perseverancia su inteligencia á los hechos, é ir pasando con paciencia

los grados sucesivos por los cuales se han adquirido los resultados, Sólo logra aprender mientras es humilde ministro y honrado intérprete de la naturaleza, ó mientras sigue las huellas de los que, habiendo sido felizmente una y otra cosa, han formulado la ciencia. A poco que en su estudio se desvie del verdadero método, su conocimiento será imperfecto ó erróneo. Esto sentado, parece evidente que nada es más á propósito para fortificar ó desarrollar las facultades intelectuales, porque el estudio de las ciencias naturales no da sólo el conocimiento de los hechos particulares, sino que hace contraer al espíritu una costumbre preciosa, el hábito de observar con cuidado y de razonar con rigor, que le servirá en todas las demas investigaciones. La ventaja no consiste sólo en el poder que resulta del mayor saber, sino en un poder mayor para adquirir la sabiduría, marchando el desarrollo intelectual paralelamente á la evolucion de la naturaleza. Cuanto con más fidelidad reflejen los pensamientos del hombre á la naturaleza en uno de sus dominios, con mayor facilidad reflejarán los otros dominios en su pensamiento, porque, respecto al procedimiento de la inteligencia para aprender, una ciencia bien sabida contiene todas las ciencias. El entendimiento, previamente acostumbrado al servicio de una de ellas, llega á ser virtualmente dueño de los demas.

La naturaleza moral experimenta tambien la influencia bienhechora de la aplicacion á los estudios científicos. Es una empresa en la cual sólo hay un medio de triunfar, y este medio es la obediencia. Para penetrar los secretos de la naturaleza y hacerse dueño de sus leyes, son cualidades esenciales la paciencia, la humildad y la veracidad; y llamo en este punto veracidad, no sólo á la expresion sincera de las opiniones formadas, sino tambien á la sinceridad en la investigacion de la verdad, completa emancipacion de inclinaciones individuales y absoluta sinceridad, tanto en los motivos como en la expresion del juicio. Diráse, sin duda, que la formacion de un carácter implica otra cosa que un acrecentamiento de saber por el método inductivo, ó un acrecentamiento de potencia intelectual, resultante de esta primera adquisicion. No trato de discutir esto en la actualidad; mi objeto es sencillamente demostrar que el método científico reclama, y por tanto fortifica, ciertas cualidades de la naturaleza moral. Debe creerse, pues, que cualquiera que sea la fuerza más apropiada para promover el desarrollo moral, ha de ser ventajoso para un individuo poseer un conocimiento del imperio de la ley moral en el dominio de la evolucion humana, como el que el método inductivo, aplicado al estudio, proporciona á su inteligencia.

Mucho se simplificarían los debates á que da lugar la cuestion de la educacion, si se comprendiese bien la verdad de que la moral existe independiente de la religion, y que, para conocerla, no necesitan los hombres indispensablemente de la revelacion. Si alguna vez llegan á convencerse de que la naturaleza obra por leyes morales, como están seguros de que opera por leyes físicas, adquirirán en seguida un sentido, ó un sentimiento fortísimo de la locura de desobedecer tanto á las unas como á las otras. La moral recibirá entonces de un método inductivo de estudio una sancion tan poderosa como la que hoy tiene, y de há largo tiempo ha obtenido de la autoridad. De una ciencia más vasta nacerán un sentimiento más grande del deber y una fuerza mayor para conformarse á él.

Difícil es convencerse de que la ley rige nuestras relaciones con la naturaleza humana. Somos, en efecto, incapaces de mirar la cuestion fria y objetivamente, como lo hacemos en nuestras investigaciones, sobre el mundo físico. Como somos de la misma especie que el objeto de nuestra observacion, nuestras simpatías y nuestras antipatías están necesariamente excitadas, y de un modo inevitable se mezclan nuestros sentimientos á nuestras percepciones y á nuestros conceptos. De aquí que se añada siempre á la comprobacion de la ley moral por nuestra inteligencia, un sentimiento de aprobacion al bien ó de reprobacion al mal, mientras que ningun sentimiento de esta clase acompaña á la obediencia ó infraccion de las leyes físicas. El elemento ético, el mandato imperativo se añade, por consecuencia, al dato del utilitarismo.

Pero el utilitarismo es una palabra infeliz, y á pesar de los laboriosos esfuerzos hechos para explicar su significacion, continuará sin razon ni motivo dando mala fama á la teoria de la moral, fundada en la utilidad; y digo sin razon ni motivo, porque ciertamente la moralidad es una condicion del progreso de la evolucion en el dominio de la naturaleza humana, y, por tanto, en el sentido más elevado de la palabra, *utilitaria*, puesto que promueve, en el largo curso de las edades, el bienestar de la humanidad y el de los individuos de que la humanidad se compone. Los adversarios del utilitarismo jamás se persuadirán, sin embargo, de que esta palabra no significa lo mismo que egoismo, de que esta teoria no determina como un fin inmediato la felicidad del individuo sino la felicidad de la especie, la exaltacion de la humanidad. Hé aquí, pues, realmente el fin que el utilitarismo propone; y trabajando en este sentido, todo espíritu recto está seguro de encontrar la satisfaccion interior, aun á precio de la

abnegacion personal y del sufrimiento. Si esto se llama egoismo, preciso es confesar que la humanidad es egoista al desear y al preparar por medio de sus constantes esfuerzos el progreso en la evolucion. Los buenos efectos de la sumision á la ley moral, como las malas consecuencias de la infraccion, son frecuentemente tardíos.

Es cierto que toda falta se expía en este mundo; pero no lo es que un hombre no pueda escapar á las consecuencias de una mala accion; podría decirse con mayor exactitud que la humanidad no puede sustraerse á las consecuencias de la mala accion de uno de sus miembros.

De igual modo, considerando sólo el resultado, la obediencia á la ley moral, ó el obrar bien, es frecuentemente un sacrificio al deber, un sacrificio de sí mismo, como el del padre por su hijo, en el cual encuentra el primero su dicha. La ventaja que resulta para la felicidad eventual de la humanidad y ménos todavia la felicidad del individuo, puede no ser aparente. Pero habiendo llegado los hombres por la experiencia á una generalizacion más ó ménos consciente de las consecuencias del sacrificio; habiéndose fijado sus efectos en la naturaleza por su acumulacion y su transmision al traves de las generaciones y en la forma de un sentido ó de un instinto moral; en una palabra, habiendo llegado á ser la adquisicion una cualidad innata, en este, como en los demas ramos del desarrollo orgánico, el obrar bien lo realiza como un deber toda persona bien nacida, sin que la inteligencia se dé cuenta de todo lo que ella produce, y aún á despecho de las penosas consecuencias que puede tener inmediatamente para el individuo (1).

Este sentido moral se forma como se forman los instintos en los animales, y es obedecido como lo son los instintos, casi ciegamente, produciendo la obediencia una satisfaccion interior, aunque exteriormente implique privacion y sufrimiento.

(1) «Impresiones particulares, pero constantes é iguales, son capaces de modificar las disposiciones orgánicas y de hacer sus modificaciones fijas en las razas... Si las causas determinantes de la primera costumbre no cesan de obrar durante muchas generaciones sucesivas, formase una nueva naturaleza adquirida, que no puede á su vez ser cambiada, sino cuando las citadas causas dejen de obrar durante largo tiempo, y sobre todo cuando causas distintas impriman á la economia animal otra serie de determinaciones.» (*Rapports du physique et du moral de l'homme*. P. J. G. Cabanis.)

Es un hecho conocido, que donde los zorros son muy cazados, sus hijos son desde temprana edad mucho más astutos y desconfiados que los zorros viejos, en las localidades donde se les deja en paz. Un sabio autor ha creído que este fenómeno era demostracion absoluta de la existencia del lenguaje en los animales; pero F. Cuvier explica esta particularidad por la transmision hereditaria de los instintos adquiridos. Para conocer otros ejemplos de esta transmision, véase el sabio *Traité philosophique et physiologique de l'Heredité naturelle*, por el doctor Próspero Lucas, 1847. Estas observaciones aisladas han sido además reunidas por Darwin, añadiendo muchas otras, en la exposicion de la gran ley de la evolucion.

El desarrollo de la organizacion mental forma parte del orden en la naturaleza. Verificase siguiendo las leyes de la naturaleza que forma el medio circundante de esta organizacion, y del cual es á la vez parte y producto. La ley moral en el hombre es, pues, reflejo consciente de la ley moral en el universo y un resultado, como tantos otros, de que la naturaleza llega en el hombre á tener conciencia de sí misma. La construccion de una ciencia moral por la aplicacion del método inductivo al estudio de los fenómenos morales dista mucho de debilitar la autoridad de la conciencia, y al contrario, no puede ménos de fortificar el sentimiento de nuestro deber de hacer el bien y de huir del mal, mostrando claramente, que por la infalible operacion de la ley natural, el bien engendra seguramente el bien, y el mal engendra el mal en la humanidad.

A nuestros descendientes parecerá tan extraordinario que haya sido preciso argumentar para probar que la naturaleza del hombre debe ser objeto de un estudio científico y para establecer los saludables efectos de este estudio sobre la inteligencia y la naturaleza moral, como á nosotros nos parece hoy que hayan sido necesarios, en pasados tiempos, tan laboriosos razonamientos para probar que la brujería era una sandez.

En resúmen, es evidente que, desdeñando los poderosos medios de educacion mental, y por tanto el desarrollo hasta el limite extremo de los recursos de su naturaleza mental, los hombres no hacen cuanto pudieran hacer para defenderse contra los asaltos de la locura. Sólo al desarrollo de la inmensa suma de mentalidad no utilizada, que seguramente existe en la humanidad, podemos pedir con confianza la disminucion en el porvenir de la suma de locura esparcida en la tierra.

MAUDSLEY,

Profesor de Medicina legal en la Universidad de Londres.

CAMBIOS DE COLORACION

POR LA INFLUENCIA DE LOS NERVIOS
EN DIVERSOS ANIMALES.

En diferentes ocasiones, la Academia de Ciencias francesa ha recompensado trabajos relativos á la influencia que la luz ejerce, por medio de sus rayos químicos, en los fenómenos moleculares de la nutricion de las plantas, y en particular sobre la produccion de la materia verde y sobre los cambios de color que, por consecuencia, resultan.

M. Jorge Pouchet se ha ocupado de otra clase de accion de la luz sobre los seres organizados, de la accion más puramente física que ejerce en los